

EN DEFENSA DE HEREJES Y DE APOSTATAS *

~~POD MENTORALIA~~

En poco más de siete años, como en un *trailer* vertiginoso, hemos pasado desde los paternos gestos de Juan XXIII —«abrir las ventanas» en la Iglesia, promover un recto ecumenismo— hasta la más desenfrenada indisciplina, los clérigos vestidos de camioneros, las misas convertidas en mítines comunistas, los curas ateos... Desde una Iglesia reducida de la verdad y de la disciplina en un mundo desquiciado, hasta una Iglesia (aparentemente al menos) en el último grado de descomposición, empleada sólo en destruir y escarnecer cuanto de su significación y doctrina pueda aún quedar en pie...

En un principio, las innovaciones promovidas en el Concilio —ecumenismo y *aggiornamento*— aparecían a los ojos del observador superficial como una simple *tendencia* dentro de la Iglesia que gustaba de inocentes «gestos» de apertura y actualización.

Después —poco después— la cosa empezó a escamar. Los innovadores, erigidos por el Concilio en dueños de la situación, empezaron a encarnizarse con la liturgia, los símbolos y las costumbres de la Iglesia. Y a aquella aparente ansia de innovaciones empezó a vérselo un sentido. Litúrgicamente todo confluía hacia una paulatina eliminación del carácter sacrificial de la misa, de la noción de la presencia real en la Eucaristía y de la transubstanciación. La predicación se centraba en el ataque a la tradición de la Iglesia como vehículo de la fe y en la interpretación «comunitaria» de la oración y de los sacramentos. Y empezó a pensarse que se trataba de una *herejía*.

Algo más tarde comenzó a verse que el asunto era más grave aún. No se trataba de negar (o de atacar solapadamente) este o aquel dogma, sino de *desmitificar* toda la fe —lo que significa racionalizarla, privarla de sentido sobrenatural—; de convertir a la Iglesia en «un servicio a la Humanidad»; de sustituir la fe de Cristo por un nuevo culto al Hombre. El «Calendario Alemán» de 1970 expresa, con tacto y sutileza germánicos, el ideal subyacente en toda la «pastoral posconciliar»: «Encuestas demoscópicas han puesto de manifiesto que cuando (los cristianos alemanes) piensan en el futuro no lo hacen tanto en el más allá, después de la muerte, como en algo concreto. Lo que quieren es despojarse del miedo a la bomba atómica, a las enfermedades incurables o a los imponderables del destino social. La supresión del sufrimiento parece ser la Carta Magna del futuro planificado. LAS IGLESIAS CRISTIANAS ESTAN RECONSIDERANDO QUE EL SERMON DE LA MONTAÑA DEBE ENTENDERSE COMO EXIGENCIA QUE HAY QUE CUMPLIR EN LA VIDA TERRENA». (En este mismo año la Iglesia Católica solicita su admisión, como miembro ciento veintitantos, en el Consejo Mundial de Iglesias.)

Ante todo esto, la palabra *herejía* empezaba a sonar como algo débil, inadecuado. La flagrante semejanza de la actitud dominante con las teorías del *modernismo* traen a memoria las palabras con que San Pío X, al condenarlo, lo definió: «Síntesis y resumen de todas las herejías...», movimiento de *apostasía* general». No: el hereje es un cristiano que interpreta torcidamente o niega alguno de los dogmas, pero sobre una base de fe religiosa cristiana. No se trata de herejes: se trata de *apóstatas*. Apóstata es el que abandona y reniega de su fe, de *toda su fe*, para abrazar otra o para no abrazar ninguna.

¿Herejes? ¿Apóstatas? En mi opinión, para calificar así a los progresistas actuales hay que añadir: «Con perdón de los herejes y de los apóstatas».

Porque un hereje niega o interpreta erróneamente uno o más dogmas de la fe cristiana —y se mantiene en su postura— con buena fe subjetiva, creyéndose en la verdad. Lo mismo hace el apóstata al abjurar en bloque de su fe. Uno y otro abandonan la Iglesia al ser declarados tales, afrontando toda la perturbación moral personal y el escándalo público que ese abandono suele suponer, sobre todo si se trata de clérigos.

Pero el progresista no abandona la Iglesia ni afronta ninguna desventura personal. Permanece en la Iglesia para destruirla y pervertirla. Sigue viviendo del altar que profana (o incluso de las consignaciones oficiales donde existen): renuncia sólo a los deberes del traje talar, del celibato, de la disciplina mental... Utiliza templos, predicación y aun sacramentos para propagar su nueva fe, o su descreimiento.

No: respetemos cristiana y ecuménicamente a herejes y apóstatas, y no los afrentemos con malas comparaciones. A cada uno lo suyo.